

Hermanos:

La liturgia del Viernes Santo que estamos celebrando nos congrega para contemplar a Cristo en la cruz. Jesús, el Señor, da la vida por nosotros después de padecer una terrible tortura, la Pasión del Señor. Nada debe distraernos. Saldremos de aquí como hemos entrado, en cuidadoso silencio, haciendo lo posible por mantenernos postrados, como al comienzo, reconociendo la grandeza abrumadora de la imponente gesta de la salvación que contemplamos, y nuestra indignidad pecadora ante El, que da su vida para darnos vida, que se entrega a la muerte para librarnos de la muerte, que se inmola para que podamos ofrecer con nuestra pobre vida un culto agradable a Dios.

Las escenas de dolor que reproduce el Evangelio nos dejan sin palabras. Podemos decir con el himno de la liturgia: "Y sólo pido no decirte nada, estar aquí, junto a tu imagen muerta". Pero hemos de escuchar, porque todo tiene explicación atendiendo la Palabra de Dios.

El canto del Siervo sufriente de la profecía de Isaías presenta a un hombre, a Jesús, sin aspecto atrayente, al que el dolor y el sufrimiento por la incomprensión y el desprecio han despojado de su aspecto humano, ha perdido el rostro. Se pierde la dignidad cuando despojamos del rostro a los demás y dejan de ser verdaderamente humanos para nosotros. La mayor agresión que podemos hacer a una persona es despojarla de su rostro, de su identidad, de su dignidad. Es un pecado no poner rostros, no mirar a la cara a los demás para decirle: tú si importas. El Siervo, sin embargo, tendrá éxito a pesar del fracaso, será asombro de pueblos y hará enmudecer a los grandes de la tierra. ¿Cómo podrá ser esto? ¿Acaso del sufrimiento, del fracaso, puede nacer la victoria? ¿Tiene sentido el sufrimiento, tu sufrimiento? La palabra de Dios anuncia que el dolor y el sufrimiento tienen sentido en los planes de Dios y donde sólo parece haber fracaso surge la esperanza y hasta una nueva vida. La respuesta a esta contradicción humana está en el sentido que Jesús da al sufrimiento, enseñándonos el modo de vivir el dolor que, tarde o temprano, llega a la vida del hombre, aceptando la voluntad de Dios. Jesús sufrió por nosotros, por los pecadores, y tomó sobre sí el castigo que era nuestro; se hizo solidario con los sufrimientos de los hombres, con nuestros fracasos, y así les dio sentido, y abrió el camino de la esperanza. "Sus cicatrices nos curaron". Aceptar la voluntad de Dios y vivir para los demás, hacer de la vida un acto de amor y un servicio a favor de los hermanos, da sentido a todo, incluso a lo que aparentemente es un fracaso.

La carta a los Hebreos insiste en el sentido redentor de la muerte de Cristo, pues Él es nuestro sumo sacerdote, el de la Nueva Alianza, que se ofrece como víctima, capaz de compadecerse de nosotros porque ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Esta solidaridad de Jesús con la humanidad comienza en la encarnación. En obediencia a la voluntad de Dios, como Hijo que cumple los planes del Padre, se convierte así en autor de salvación eterna para todos los que lo siguen.

Con esta nueva luz contemplamos los hechos de su muerte, su juicio, su actitud. Jesús, que es el Señor, nos hace ver en la pasión que va a la muerte consciente y voluntariamente, que acepta su Hora como el momento en que Dios va a salvar a los hombres. Esta Hora, que es la del poder de las tinieblas, se convierte para Jesucristo en la Hora de la salvación. El rechazo y los ultrajes, la violencia extrema que padece, se convierten en una revelación de su persona. Conforme va avanzando el relato, Jesús se manifiesta con más claridad como el Señor, hasta la crucifixión, que es la exaltación del Hijo de Dios.

La pasión y muerte de Cristo se entiende solamente desde la fe, que abre así un horizonte de sentido a nuestra vida. "Cristo se ha convertido en autor de la salvación de todos los que le obedecen" (Heb). Los sentimientos de dolor ante el sufrimiento de Cristo se mezclan, pues, con el gozo y la esperanza, porque su pasión y muerte son por nosotros, para darnos vida. De su costado abierto brota la sangre y el agua, brota la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía.

Conmovidos por tanto dolor e impresionados por tanto amor sólo nos queda orar y adorar. Adoramos al crucificado que nos libra del sinsentido del mal y nos abre la puerta a la vida. Venerando y besando su cruz nos abrazamos a las nuestras – soledades, incomprendiones, persecuciones, dolores y enfermedades insoportables, desamor—. Unidos a su humanidad doliente podemos ver su rostro y tocar su carne herida en el sufrimiento de nuestros hermanos, y, de este modo, ayudarles a llevar su cruz. Y, solidarios con todos, imploramos al crucificado por las necesidades de todos. Cristo hizo de su muerte un acto de oración, una ofrenda de intercesión, "Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores" (Isaías). Oremos, pues, por la Iglesia, por el mundo, por los necesitados.

La cruz se ha constituido en la llave que abre el acceso a la vida eterna, vida que empieza a cumplirse aquí y ahora. Recibiendo el espíritu de Cristo seremos capaces de amar a Dios y amar a los hermanos, que es la vocación suprema de todo hombre. Mirando a la madre de Jesús al pie de la cruz, a la Virgen y al discípulo que tanto quería, Jesús nos hace el mejor regalo: nos entrega a su propia madre. María al pie de la cruz concibió a la humanidad nueva nacida del costado abierto de Cristo. Ella nos enseña a obedecer y a ofrecer. Desde ese día, María vive en nuestra casa y en nuestro corazón. Sigamos con ella a Cristo en su pasión para llegar también a la gloria de la pascua. AMEN.